

# A veces prosa

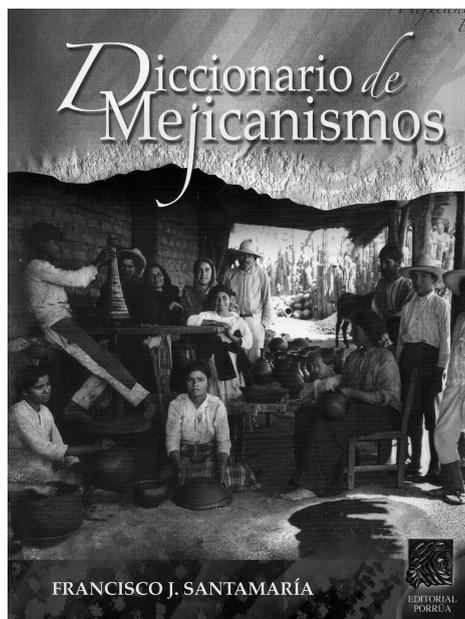
## Una presencia cotidiana (con añadidos para Xalapa), I

Adolfo Castañón

0

Hablamos y escribimos sin darnos cuenta: las lenguas, la lengua nos habla y es a la vez lo más vulnerable pero también lo más perenne. “Cancha” es una voz de origen quechua, mientras que “escorbuto” viene de las antiguas lenguas germánicas y eslavas. A las palabras se las lleva el viento o los rayos de las pantallas, pero el imperialismo de la lengua atraviesa siglos, geografías, fronteras de casta y clase. No nos cansaremos de decir cuán afortunada es la situación de la lengua española en el mundo, a pesar de sus reyes, inquisidores, censores, gobernadores, rectores y señores que dictaban leyes desde su cátedra o asiento. Nadie se dio cuenta en su momento, pero España fue enterrando espejos por todo el orbe a partir de 1492: la conquista de América y la enigmática expulsión de los judíos por Europa y Medio Oriente produjeron una diseminación de la lengua española que, al salir de las fronteras, se salió del cauce y del curso, se salió de madre, se des-madró para que los recién llegados a ella —que la veían llegar en muchos casos sin haberse movido un ápice de su cuna nativa— pudiesen o tuviesen que innovarla a veces a su pesar... La lengua de España quedó enterrada como una mina o un espejo dispuesto a estallar en cuanto la hora llegara. Muy pronto la hora llegó. Llegó tan pronto que ya casi pasa. Por eso los que nacimos en la cuna del español tenemos a la vez cierta prisa y cierta conciencia de tener la eternidad adelante y atrás.

De todas las lenguas habladas en el continente europeo, salvo el inglés, el español es sin duda la más vivaz y plástica, la más distante del clasicismo, y por ello quizá la más tentada por el demonio del buen gusto y la brujería del decoro mal entendido,



tentada por la magia siniestra de lo aparente y superficial, lo descastado y dizque cosmopolita global o mundial... De ahí que la lengua española no sea una lengua muerta por más que algunos enseñantes de aulas previamente sanitizadas —suena feo, pero huele peor— aspiren a reducirla o fragmentarla a una de sus partes a expensas de su devoradora totalidad. A una lengua muerta —observa un lingüista citado por E. M. Cioran— se le reconoce porque no se tiene derecho a cometer faltas en ella, lo cual significa —añade el rumano maldito— que no se tiene derecho a introducir en ella ninguna innovación. El español hablado en América, el español hablado en México es uno de los espacios de libertad lingüística y de enunciación privilegiados en el mundo, ya no sólo de habla española sino latina y aun europea y transatlántica para saludar aquí al aula de Julio Ortega, peregrino andinoamericano de nuestros días. Ese instrumento privilegiado resulta encarecido por la conciencia escrita, articulada y reticulada de ese diccionario de autoridades criollo, mestizo, nacional y regional, americano,

caribe y castizo que es el *Diccionario de mejicanismos* del ilustre tabasqueño Francisco J. Santamaría (1889-1963), un libro-raíz, un libro-árbol como dirían Fina García Marruz y Lezama Lima que ha tenido la fortuna de tener nobles sucesores. El diccionario ha tenido en el plazo largo un efecto de articulación y organización del cambio lingüístico, literario e histórico, un efecto de trampolín o plancha que sabe hacernos surcar, surfear el tornadizo oleaje de la fugaz actualidad. A la unidad mínima de tiempo, la llamamos “segundo” porque el primero ya pasó.

00

Francisco J. Santamaría sabía que un diccionario de mexicanismos es, desde la teoría lexicográfica, un caso especial, distinto del de los diccionarios generales o integrales. Sabía que un diccionario de mexicanismos es como una imagen estática o una fotografía fija del estado de una lengua en el tiempo y que, en consecuencia, está expuesto a la historia, y sus mudanzas. Por ello mismo, no se le escapaba que el valor de su diccionario debía respaldarse en una vasta y rica documentación literaria e histórica, y que cada palabra y cada voz, cada ficha, debían anclarse en unos bancos de referencias lo más interrelacionados posible, lo más aptos para rendir versátiles el uso y empleo de las palabras. Tal documentación, derivada de fuentes literarias, históricas y periodísticas, confiere al *Diccionario de mejicanismos* —y antes, a su hermano mayor el de americanismos—, el estatuto de un “Diccionario de autoridades” mexicanas y americanas.

El “imprescindible Santamaría”: así llama don José G. Moreno de Alba al diccio-

nario del tabasqueño en la introducción al *Diccionario de mejicanismos* elaborado y coordinado por Concepción Company Company. Imprescindible pues sin este vasto acervo que combina mexicanismos diacrónicos y sincrónicos, serían inconcebibles los lexicones en que se respalda y va fijando la evolución del español en México y en América. El genio de Santamaría es el de haber rescatado del caos y del pantano el español hablado en México ennobleciéndolo con el estatuto de la investigación lexicográfica...

## I

Cada jueves, en las sesiones de la Comisión de Consultas de esta Academia Mexicana de la Lengua, se abre como quien alcanza el pan el *Diccionario de mejicanismos*: “Santamaría, el Santamaría” es para nosotros (José G. Moreno de Alba, Ruy Pérez Tamayo, Vicente Quirarte, Felipe Garrido, Patrick Johansson y el de la voz, presididos por Gonzalo Celorio), el nombre de un cuerpo de referencia ineludible y cotidiana, cuyo prólogo él presentó como discurso de ingreso a esta corporación titulándolo el “Novísimo Icazbalceta”, al cual dio respuesta el escritor y diplomático Francisco Castillo Nájera. El de Santamaría se añade así a otros apellidos ilustres que dan nombres a diccionarios y obras de referencia como son en nuestra lengua el de Icazbalceta, María Moliner, el Seco, el Mialaret, el Baralt, el Cervo, el Guido Gómez de Silva, el flamante Company coeditado por la Academia Mexicana de la Lengua y Siglo XXI y, en otras lenguas, el Littré, el Webster o el Larousse, nombres de diccionarios hechos y organizados en la mayoría de los casos por un solo individuo y que llevan un sello personal. Es el caso de la novela recientemente publicada por Simon Winchester: *The Professor and the Madman* (James Murray y P. W. C. Minor). Santamaría es, además, autor de muchas otras obras de lexicografía, filología, historia, investigación y además de obras narrativas como los cuentos *De mi cosecha* (1921) o la estremecedora *La tragedia de Cuernavaca en 1927 y mi escapatoria célebre* (1937) para no hablar de las *Crónicas del destierro: desde la ciudad de hierro. Diario de un desterrado mejicano en Nueva York*.

(1933). Fue también autor de *La poesía tabasqueña* (1950); *Memorias, acotaciones y pasatiempos* (1981) en varios volúmenes. También escribió *El movimiento cultural en Tabasco* (1946); *El periodismo en Tabasco*, estado del que fue primero senador entre 1940 y 1946 y luego gobernador entre 1947 y 1953. A la del único sobreviviente de la matanza de Huitzilac, como gobernador, a Santamaría “le tocó inaugurar una obra tan deseada como esperada para la integración de Tabasco a la nación: el ferrocarril del sureste, que partía de la Estación Allende en Veracruz, y luego de atravesar el territorio tabasqueño por su costado de tierra adentro, llegaba hasta Campeche”.<sup>1</sup>

Durante esa gestión se publicaron en Tabasco alrededor de ochocientos títulos. Es autor de los críticos y minuciosos *Domingos académicos* (1959), obra batalladora y complementaria de sus diccionarios y en cuyas páginas se puede comprobar por qué en su juventud como tribuno Santamaría fue llamado el “Juez Lince”. Cabría decir que, como lexicógrafo y filólogo, Santamaría merece ser llamado también con ese apelativo: el de “Filólogo Lince” que lo asocia a los caballeros tigres y hombres jaguares del pasado mesoamericano.

## II

La copiosa bibliografía de Francisco J. Santamaría se arraiga en una vida trazada desde el inicio por el llamado de una vocación intelectual y literaria. De cuna muy humilde, rural y campesina, el niño Francisco Javier Santamaría hizo sus primeros cuatro años de instrucción primaria en el rancho de Macuspana—lugar al que fue a vivir poco después de que lo alumbrara su madre—, donde ayudaba a su tío en los trabajos del campo. Lo hacían soñar las letras y los números fantasear como las aguas caudalosas de su majestad el río Grijalva a cuyas orillas frondas descansaba luego de las faenas y a cuya geografía e historia dedicaría una notable y erudita monografía años más tar-

<sup>1</sup> Carlos Martínez Assad, *Tabasco. Historia breve*, primera edición 1996, segunda edición 2006, tercera edición 2010, cuarta edición 2011, Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México y Fideicomiso Historia de las Américas, México, p. 314.

de. A orillas del río, el niño premeditaba con impaciencia su traslado a la ciudad capital de Tabasco, San Juan Bautista de Villahermosa. Santamaría nació el mismo año que Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, Henry Miller y la Torre Eiffel, y en la misma región nativa de nuestra señora La Malinche, Marina Malintzin, como la llamaba Bernal Díaz del Castillo, y que sus coterráneos compañeros académicos Joaquín Casasús, Manuel Sánchez Mármol, Andrés Iduarte, Carlos Pellicer, Celestino y José Gorostiza y Ciprián Cabrera Jasso.

El avisado chamaco manifestó sus deseos de trasladarse a la capital. La primera respuesta del hermano de su madre fue un revés, luego unos azotes. Cuando el tenaz escuincle insistió de nueva cuenta en su deseo de marcharse a estudiar, la madre suplicó al tío que lo acompañara a la capital, y una madrugada se vio perderse por el anchuroso caño a un cayuco con dos siluetas.

Al llegar a la capital, se hospedaron exhaustos y hambrientos en una fonda que la hacía de hostel.

Al día siguiente, el tío le dijo que se las arreglara solo, y solo se fue Santamaría a ver al director de educación primaria, don Arcadio Zentella, autor de la novela costumbrista *Perico* (1895) y de *Los escapularios de la virgen de Cunduacan* (1906), citadas por cierto como referencia en el *Diccionario* que haría años después Santamaría junto con otras obras.

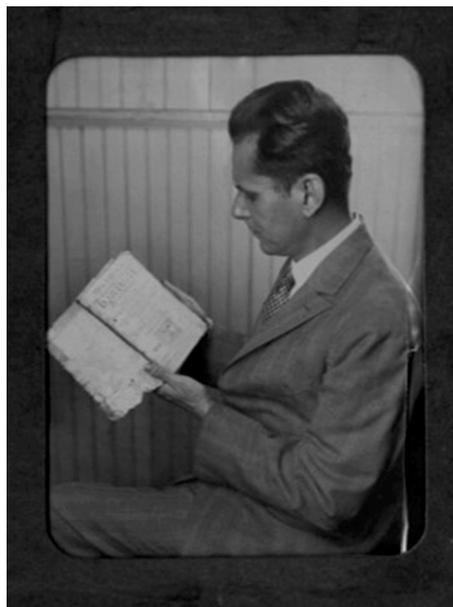
Aquel hombre blanco, alto, de ojos azules de esturión y de barba blanca de patriarca bíblico como su nombre digno, de años y años de soledad, le preguntó al flaquillo descalzo qué quería y, recorriendo nerviosamente las alas de su sombrero de paja, le dijo sin temblar su deseo de que se le diera oportunidad de examinarse de los dos años que le faltaban para ingresar al siguiente ciclo—entonces la preparatoria—y que, además, se le diese beca para seguir estudiando. Don Arcadio Zentella guardó silencio un momento como abanicándose con su propio nombre. Luego, se puso de pie y empezó a moverse de ahí no sin decirle al chamaco que regresara muy temprano al día siguiente. Esa noche Francisco se la pasó medio en blanco repasando los libros que cuidadosamente envueltos había venido cargando en el cayuco cuyo nom-

bre no recordaba, aunque sí se supiera los nombres de los ríos de México. A la mañana siguiente, cuando apenas terminaba la algarabía de los pájaros, le dijo que le harían el examen solicitado e hizo pasar al joven con cara de niño a una sala donde lo esperaba un jurado. Las respuestas certeras salidas de aquella frágil humanidad produjeron un rumor de unánime sorprendida aprobación. Arcadio Zentella citó al niño que no dudaba para la tarde en Palacio de Gobierno.

Como llegó antes, a la hora de la siesta, se encontró con un señor grande, de aspecto militar y rubicundo rostro, que le preguntó al niño sentado en la escalera qué hacía ahí. Sin inmutarse, le respondió con naturalidad que aguardaba a Zentella. El hombre, algo obeso y muy blanco, lo hizo pasar a la antesala, como a gente de respeto. Cuando llegó don Arcadio, ambos traspusieron una puerta y vieron al mismo personaje de aspecto militar. Era el gobernador del estado Abraham Abundio Bandala quien, luego de unos momentos de reflexión bajo la mirada en el vacío de la oleografía de cuerpo entero de Porfirio Díaz, accedió a la petición, firmó el oficio y se lo entregó en la mano al niño, que lo resguardó como un tesoro bajo su camisa de manta.

Al día siguiente, volvió a Macuspana en el mismo cayuco pero mirando al río con otros ojos. Pronto, estaría de nuevo en Villahermosa para continuar sus estudios, en compañía de su madre soltera a quien ayudaba con su propia pensión escolar y sacando dinero de las clases de aritmética mientras ella lavaba o remendaba ropa o vendía dulces o pan hecho en casa. En la almen-dra de esta anécdota inicial se condensa algo del itinerario del precoz e ilustre agonista:

En 1907, a los dieciocho años, publica con sus propios medios un libro de geometría en la Casa Bouret; al año siguiente se titula con la tesis “Historia del magisterio en Tabasco”; tres años después, en 1912, se recibe en la escuela de derecho con la brillante tesis “Los magistrados deben ser abogados”, que le abre las puertas para que poco más tarde dirija el Instituto Juárez en el que había estudiado. Pronto se traslada a la Ciudad de México donde se le abren las puertas como magistrado en el circuito de lo penal y la prensa lo hace famoso con el apelativo de “Juez Lince” por la destreza



Francisco Javier Santamaría

de sus mercuriales interrogatorios a los delincuentes más astutos y escurridizos. Pero ya desde los dieciséis colaboraba en periódicos como *El Progreso Latino*, *El Monitor Republicano* y *La Patria*. Frecuenta tertulias como la conocida con el nombre del Relox —situada en la calle de Jesús Carranza, antes Relox y hoy República de Argentina—, donde conoce al médico, escritor, traductor, diplomático, académico y político Francisco Castillo Nájera, a Tomás Garrido Canabal y al general Francisco R. Serrano, a quien acompañará hasta casi el borde de la tumba en la funesta aventura de Cuernavaca.

La frecuentación y amistad con este último sería en parte la responsable de que Francisco J. Santamaría, en realidad partidario en aquellos momentos del general Arnulfo Gómez, estuviese a punto de perder la vida. Se salvó de milagro, chiripa o por un pelo de la llamada matanza de Huitzilac el 3 de octubre de 1927, en la “fusilada de mis catorce compañeros, con el General Serrano a la cabeza”. Lo salvó el mismo ángel que a la edad de cuatro años impidió que muriera hundido en un fangal de donde lo rescató su “chichihua la india tuerta Santos Feria”; el mismo que a los diez de edad lo arrancó de una muerte relampagueante, ésa es la palabra, y de un rayo atronador que redujo a carbón “el mango de San Joseíto” donde murió su compañero de escuela Aníbal Álvarez junto con su caballo. Quizá se salvó para poder dar testimonio escrito, y muy bien escrito, de ese vergonzoso episodio de la Revolución mexicana en el cual

las víctimas murieron a sangre fría por las manos deshonradas de sus ejecutores. El episodio de la matanza del 3 de octubre en la que Santamaría se vio obligado primero a huir y luego a sufrir las amarguras y estrecheces del expatriado le inspiraron al escritor la estremecedora y deslumbrante relación titulada *La tragedia de Cuernavaca en 1927 y mi escapatoria célebre* (1939), y luego el libro complementario de sus *Crónicas del destierro* (1933). Algunos lectores han evocado ciertos paralelismos entre la novela de Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, y la historia contada por Santamaría. Semejanzas parciales: en *La sombra del caudillo* Guzmán fusiona en un solo episodio la rebelión encabezada por Adolfo de la Huerta que él mismo vivió con la del asesinato del general Francisco Serrano y la de los opositores a la reelección de Obregón, mientras que en Santamaría se da un testimonio directo y veraz, vívido, aunque literariamente elaborado de los episodios de Huitzilac en el que se hace un ejercicio de crónica minuto a minuto y evoca el suspense de una novela policiaca, en la cual los minutos parecen horas, una saga de espías como las de Eric Ambler y John Le Carré, maquinarias de precisión donde lo literario raya en lo castrense. Hasta donde sabemos, la impresionante y precisa crónica de Santamaría no ha sido reeditada desde su publicación en 1939, a pesar de las más de siete décadas transcurridas. En ambos libros, la tragedia y las crónicas; Santamaría se revela como un prosista vigoroso y audaz, capaz de rendir veloces viñetas y trazos de la vida cotidiana en los espacios sombríos de la guerra civil o bien en los claroscuros de una Usamérica descarriada donde los ciudadanos airados se dan el lujo incendiario de celebrar un auto de fe municipal en el cual queman vivo con gasolina a un criminal de raza negra, en los cercanos años de 1928. Ya desde antes de iniciar su forzada errancia por el país del norte, el avisgado Santamaría se había dado a conocer como un maestro del periodismo, temible abogado litigante, honrado presidente de debates, pero sobre todo como autor solvente, primero de libros técnicos y luego literarios e históricos, así como un asiduo e inveterado comprador del libros raros en el Mercado del Volador en la Ciudad de México. **U**